

se ocultaba de ellos: por el día se dexaba ver en el templo, y por la tarde se retiraba al monte Olivete á pasar la noche en oracion.

§. XLVIII.

Deliberan los judíos sobre los medios de prender á Jesucristo.

Dos dias antes de la fiesta de pascua; es á saber, el miércoles, los enemigos del Salvador, que eran todos los principales de la sinagoga, y los escribas y fariseos, se juntaron en la sala del sumo sacerdote Cayfas: tuviéron allí su consejo para deliberar entre ellos cómo harian para prender á Jesus. Puede decirse que el furor y la rabia que tenian los príncipes de la sinagoga, los doctores de la ley y los fariseos por quitarle la vida á Jesucristo, no eran solamente efecto de su envidia y de su malignidad, sino tambien de sus remordimientos. Por maligna y viva que fuese su aversion y su ódio contra el Salvador del mundo porque no se las habia ahorrado con ellos, y porque quitándoles la mascarilla les habia descubierto todos sus desórdenes, su soberbia y su hipocresía; sin embargo, la prodigiosa muchedumbre de maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, el cumplimiento de las profecías tocantes al Mesías, tan visible en la persona y en la conducta de Jesucristo: la época del tiempo y la perfecta semejanza que veían, mal que les pesase, entre Jesus de Nazaret y la pintura que los profetas habian hecho del Mesías; todo esto, á pesar de su terca obstinacion, les hacia sospechar que aquel hombre tan poderoso en obras y en palabras fuese verdaderamente el Hijo de Dios, como él mismo lo aseguraba. Para calmar las inquietudes de su conciencia y serenarse, se habian imaginado que si podian conseguir el prenderle, y hacerle morir en una cruz, sería ésta una prueba visible de que Jesus, lejos de ser el Mesías, era un impostor. Así discurrían por la falsa persuasion en que estaban de que debiendo el Mesías reynar eternamente, no podía morir con una muerte ignominiosa. Por esto, viendo al Salvador á punto de espirar en la cruz, le decían insultán-

le: Si eres el Hijo de Dios, baxa de la cruz: si es el Mesías, baxe ahora de la cruz, y creeremos en él.

§. XLIX.

Entrega Júdas á su divino Maestro por la suma de treinta dineros.

Habiéndose, pues, juntado en casa de Cayfas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y fariseos, concluyéron que se debía prender á Jesus, y quitarle la vida; pero como temían al pueblo, el cual le tenia en una gran veneracion, resolvieron dexar pasar la fiesta de pascua, no fuese que se levantase algun tumulto en el pueblo en un tiempo en que toda la ciudad estaba llena de extrangeros, los que no le miraban con ménos veneracion que los mismos habitantes. Pero el Salvador, de quien el Cordero pascual era figura tanto tiempo habia, tenia determinado morir el día de pascua; por esto permitió que el demonio, cabeza invisible de la conspiracion, y que tenia el mismo designio que ellos, hiciese nacer un incidente que los determinó á no diferir la execucion de su empresa. Habíase hecho dueño el demonio del alma del impío Júdas, uno de los doce apóstoles. Este traidor fué á presentarse al congreso, y ofreció entregarles seguramente á su divino Maestro, mediante una suma de dinero. Gozosos de haber hallado una ocasion tan favorable á sus intentos, y que no la esperaban, le prometiéron treinta piezas de plata, que hacen unas cincuenta libras de moneda de Francia, y las mismas pesetas de la de España; este era el precio ordinario de un esclavo, y á este vil precio quiso ser vendido el soberano Señor del cielo y tierra. Entonces se cumplió lo que habia dicho el profeta Jeremías, Recibiéron treinta monedas de plata, precio en que apreciaron los hijos de Israel al que prendieron (*Matth. 26.*). No se duda que este pasage que cita san Mateo ha sido suprimido maliciosamente por los judíos, por estar en él pintado con colores demasiado vivos su delito; sin embargo, todavía se encuentran en algunos antiguos manuscritos, escapados á su malicia, en estos términos: *Entonces Jeremías dixo á Fasur (Era*

Fasur uno de los sacerdotes de Jerusalem, caudillo ó intendente del templo, quien no pudiendo sufrir que Jeremías predixese tan positivamente la ruina de Jerusalem, y la desolacion de la nacion judáica, le hizo prender y tratar como se trataba á los falsos profetas.) A este Fasur fue á quien dixo: *Ha mucho tiempo que vosotros y vuestros padres os oponeis á la verdad; pero vuestros hijos, que vendrán despues de vosotros, cometerán un delito todavía mas enorme que el vuestro; porque pondrán en venta al que no tiene precio, y harán padecer al que cura las enfermedades y perdona los pecados, y recibirán las treinta monedas de plata, que fueron el precio que los hijos de Israel diéron por el que compraron.*

El dia siguiente, que era el juéves, víspera de su muerte, no entró Jesus por la mañana en la ciudad de Jerusalem; quedóse en el monte Olivete en donde habló largamente con sus apóstoles de su muerte, y los dió muchas saludables instrucciones, especialmente por lo tocante á la caridad mútua que debian tenerse unos á otros: contentose con enviar á Pedro y á Juan para que prepararan lo que era necesario para celebrar la pascua. Andad, les dixo, á la ciudad: al entrar en élla, hallaréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle; y en donde quiera que entrare, decid al amo de la casa que yo quiero celebrar la pascua en su casa con mis discípulos: el tal os enseñará una gran sala, alta, alhajada toda y dispuesta; aparejadnos allí todo lo necesario. Hiciéron Pedro y Juan lo que se les habia mandado; y al caer de la tarde se fue Jesus á dicha casa con todos sus apóstoles.

§. L.

Jesucristo celebra la cena, lava los pies á sus apóstoles, é instituye la divina Eucaristía.

Llegada la hora, se puso Jesus á la mesa. Mostró entonces este divino Salvador el deseo ardiente que siempre habia tenido de celebrar con ellos aquella pascua, la cual sería la última, pues su muerte iba á dar fin á todas las ceremonias legales: añadió tambien, que desde su

primer instante suspiraba por aquella hora en que se debia inmolarse á su Padre por la salvacion de todo el género humano (Joan. 13.). A mitad de cena, viéndose el Salvador al fin de su carrera, y que iba á ausentarse de sus apóstoles por un poco de tiempo, quiso darles un gran exemplo de humildad, curar con una acción estupenda su espíritu de la falsa idea que se habian forjado de la grandeza y de las dignidades de su reyno, y hacerles al mismo tiempo comprender la pureza con que en lo sucesivo deberian llegar al divino Sacramento que queria instituir bien presto.

Levántase de la mesa, se quita sus vestiduras, esto es, su manto largo, el que en el Oriente servia para ponerle encima de todo; toma un lienzo, que sería una tohalla ó servilleta, pónesele en forma de delantal; y habiendo echado agua en una jofayna ó librilla, empieza á lavar los pies á los apóstoles. Este exemplo de humildad los dexa atónitos: san Pedro, sobre todo, no pudo resolverse á dexarse lavar los pies por su divino Maestro: No, Señor, le dixo, no sufriré jamás que vos me laveis los pies. Respondióle Jesus: Lo que yo hago, no lo comprendeis ahora, comprenderéislo con el tiempo. Querria Jesucristo hacer comprender á sus discípulos la pureza con que se debe llegar al misterio de la Eucaristía; y esto fue lo que comprendieron san Pedro y los demas apóstoles cuando Jesucristo instituyó este divino Sacramento. Porfiando siempre san Pedro en no querer ver al Salvador á sus pies, le dixo Jesus, que si no le lavaba los pies, no le reconocería mas por su discípulo. Si es así, le dixo entonces el santo Apóstol, lavadme, Señor, no solo los pies, sino tambien la cabeza y las manos. Díxole entonces el Salvador: El que sale del baño, no necesita lavarse sino los pies, pues está todo limpio; así vosotros estais limpios, pero no todos: decia esto, porque sabia bien quién era el que le habia de entregar. Con esto quiso Jesucristo significar que los apóstoles, á excepcion de Judas, no tenian ningun pecado grave, y que solo tenian necesidad de purificarse de sus imperfecciones.

Despues que Jesus hubo dado á sus apóstoles esta leccion, y un tan grande exemplo de humildad y de caridad, y encargándoles que lo practicasen tambien ellos,

volvió á tomar sus vestiduras, y puesto otra vez á la mesa, les dixo sin rebozo que iba á ser entregado alevo samente á sus enemigos por uno de los mismos que estaban con él á la mesa. Esta expresion los sorprendió y los affligió extremadamente; y consternados todos, empezaron á exclamar cada uno de por sí: ¿ Soy yo, Señor? Respondióles Jesus: El que me entregará está á la mesa conmigo (*Matth. 26.*). Por lo que mira al Hijo del hombre, él va á la muerte, porque lo ha querido así, y segun está decretado de él en las escrituras; esto es, segun está predicho por los profetas; ; pero ay de aquél por quien el Hijo del hombre será entregado! Mas le valia no haber venido jamás al mundo.

Pero cuando el hombre ha llegado á un cierto punto de malicia, mira á sangre fria los mas enormes delitos, y se endurece contra las mas fuertes impresiones de la gracia. Tuvo Júdas el descaro de preguntar tambien al Salvador, si era él el que le entregaria. Jesus le respondió en voz baxa: Tú eres. Es probable que los apóstoles no oyéron ó no entendieron estas palabras, ó que no pudieron imaginarse jamás que ninguno de ellos pudiese ser capaz de un tan negro delito.

Entretanto se continuó la cena; y al fin de élla, Jesus, que lavádoles los pies los habia como preparado para el Sacramento que debia instituir entonces mismo, y de que el cordero pascual era figura; no contento con haber dado á los hombres señales tan visibles de su ternura, quiso la víspera de su muerte darles una prueba todavía mas sensible del amor mas extraordinario que hubo jamás.

Era costumbre en la ceremonia de la cena y del cordero pascual tener baxo los manteles un pan sin levadura, que el padre de familias cortaba en otros tantos pedazos cuantas eran las personas que habia á la mesa, y los que distribuía á cada uno segun su graduacion. Habiendo tomado el Salvador este pan, le bendixo; es decir, le consagró; y levantando los ojos al cielo, dió gracias á Dios su Padre: despues, habiéndole partido, le distribuyó á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed; esto es mi cuerpo* (*Matth. 29.*). Era tambien estilo al fin de la cena beber todos, uno despues de otro, del vino que ha-

bía en un cáliz ó copa que el mismo padre de familias les alargaba. Tomando Jesus la copa, y habiéndola bendecido del mismo modo que lo habia hecho con el pan, la dió á sus discípulos, diciendo: *Bebed todos de élla, porque esta es mi sangre, que hace el nuevo Testamento, y que será derramada por los hombres para que les sean perdonados sus pecados*; fue decir: Esta es mi sangre, por la cual hago el dia de hoy una alianza nueva: ahora os doy á beber esta sangre en esta copa baxo la apariencia de vino, y dentro de pocas horas la derramaré á vista de todo el mundo en una cruz por la remision de los pecados, y por la salvacion de todos los hombres; y porque quiero que la memoria de mi muerte subsista hasta el fin de los siglos, os doy poder y os mando que hagais vosotros mismos lo que yo hago. Con esto el sacrificio de mi cuerpo y de mi sangre, ofrecido en la cruz, y por el cual mi Padre será honrado infinitamente, se renovará todos los dias en este Sacramento; el cual baxo las apariencias ó especies de pan y de vino es su representacion real y substancial; y de este modo tambien estaré yo realmente con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos, aunque no me veais con vuestros ojos.

Executa aquí Jesucristo lo que en otro tiempo habia prometido tan positivamente á sus discípulos, cuando les decía que les daria á comer su propia carne, y á beber su propia sangre, no de una manera grosera, y que los moviese á náusea, como lo habian comprendido los carnaitas: no un cuerpo hecho pedazos, ni una carne toda sangrienta y cortada á trozos, sino su verdadero cuerpo, su cuerpo real y su verdadera sangre, baxo las especies ó apariencias de pan y de vino.

S. LI.

Sale Júdas á entregar á su divino Maestro. Da Jesus las últimas instrucciones á sus apóstoles: predice á san Pedro que le negará aquella misma noche; y va ha hacer oracion al huerto.

Habiendo el traidor Júdas puesto el colmo á su maldad por esta comunión sacrilega, y habiéndose apoderado de su alma el demonio, se determinó á executar su impío designio. Habiendo dicho el Salvador que iba á pasar la noche en oracion al monte Olivete, sale el traidor al instante de la sala á decir á los príncipes de la sinagoga que le den una escolta, que aquel es el tiempo de prender á Jesus seguramente y sin ruido.

Nada de esto ignoraba el Salvador; sin embargo, no quiso darlo á entender: acabada la cena con el cántico con que regularmente se terminaba (era éste una oracion particular, sacada, á lo que se cree, del salmo ciento y trece, y de los siguientes, los cuales los rezaban los judíos despues de haber celebrado la pascua), salió de casa con sus apóstoles para retirarse con ellos al monte Olivete ú de las Olivas. En el camino nada omitió el Salvador divino para preparar á sus amados discípulos para todo lo que habia de suceder, y sobre todo contra el escándalo de su muerte. Esta noche, les dixo, os seré á todos una ocasion de escándalo y de caída; porque está escrito (*Zachar. 15.*), Heriré al pastor, y las ovejas echarán cada una por su parte; pero cuando hubiere resucitado, iré á Galilea antes que vosotros: allí me veréis, y entonces comprenderéis todo este misterio: luego se volvió despues á Pedro, que protextaba que no le abandonaría jamás, sucediese lo que sucediese, y le predixo que antes que el gallo cantara aquella misma noche, le negaría tres veces, diciendo que jamás le habia conocido: despues de esto les dió á entender á todos que convenia el que se ausentase de ellos, á fin de enviarles el Es-

piritu santo (*Matth. 26.*). Exhortóles á guardar todos sus mandamientos, especialmente el de la caridad fraterna: les predixo tambien las persecuciones que se levantarían contra ellos; pero los aseguró que les daría su gracia para que las llevaran no solo con paciencia, sino tambien con alegría. Finalmente, despues de haber hecho una tierna deprecacion á su Padre, lo primero en favor de sus apóstoles, los que le recomendaba en particular, y lo segundo en favor de todos los hombres en general; y despues de haber dicho que el mundo sería siempre su enemigo, y que siendo vencido el demonio, y desarmado por su muerte, substituiría en su lugar al espíritu del mundo para hacer continuamente la guerra á los fieles (toda esta admirable deprecacion que hizo el Salvador á su Padre, se puede ver en el capítulo diez y siete del evangelio de san Juan), pasó Jesus el torrente Cedron que corre á la falda del monte Olivete, y vino con sus apóstoles á una especie de quinta, llamada Getsemaní, en donde habia un huerto, en el cual pasaba regularmente las noches en oracion. Llegado allí, dixo á sus apóstoles, que quedaran y pasaran parte de la noche en oracion para pedir á Dios la gracia de la fidelidad y de la perseverancia.

Tomando Jesus consigo á Pedro, Juan y Diego, se metió con ellos mas adelante en aquella soledad; y habiéndose apartado de ellos como un tiro de piedra, empezó á apoderarse de su corazon un temor, un tedio y una tristeza mortal. Quiso manifestársela á sus tres queridos discípulos, diciéndoles: *Tengo una tristeza mortal; esperad aquí, y velad conmigo* (*Matth. 26.*). El Salvador podia desecher fácilmente aquel temor, aquel excesivo tedio, y aquella profunda tristeza: aquellos movimientos le eran libres, por cuanto su alma gozaba de la bienaventuranza, y veía á Dios intuitivamente y en sí mismo; pero quiso sentir en su corazon y en su cuerpo toda la amargura y todo el terror que causa á los hombres la cercanía de la muerte, para mostrarnos el exceso de su amor, cuánto le costaba nuestra salvacion, y asimismo para consuelo de sus siervos, y para enseñarles con su exemplo lo que debian hacer cuando se viesen en semejante estado.

Viendo Jesus que sus discípulos estaban muy acosados

del sueño, se retiró á un lado; y postrándose allí el rostro contra la tierra, empezó su oracion, diciendo: *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no sea como yo lo quiero, sino como tú.* Parece que el Salvador nada olvida para sentir, aunque es Hombre-Dios, a aquel monton espantoso de oprobios y de humillaciones, y para padecer todos los horrores de la muerte, como si no fuera sino un puro hombre. No ignoraba que su muerte estaba resuelta en los decretos eternos: él mismo habia asentido á ellos, y los habia firmado voluntariamente; y así la voluntad humana no es aquí opuesta á la voluntad divina; solo muestra la repugnancia natural que todo hombre tiene á las aflicciones y al dolor segun el apetito natural; despues de lo cual la parte superior, que es la racional, declara su conformidad y su entera sumision á la voluntad divina.

Por tres veces hizo el Salvador la misma oracion, siempre con la misma resignacion, sin embargo de sentir en sí la misma repugnancia. Habiendo ido adonde estaban sus tres discípulos, y habiéndolos hallado dormidos, se les quejó amorosamente de la poca parte que mostraban tomar en su tristeza: *Qué, ¿os dormis? les dixo: ¿no habeis podido velar siquiera una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis ni caigais en la tentacion: es verdad que el espíritu es fuerte y está pronto; pero la carne es enferma y flaca; fue como decirles: ha pocas horas que todos queriais morir conmigo; y cuando me veis como en la agonía, no teneis ya ni fervor ni aliento, sino que os dormis. Cuando no vemos la muerte sino de lejos, la desafiamos; pero cuando es necesario luchar con élla brazo á brazo, la flaqueza de la carne se rinde por lo comun á la fuerza del espíritu; y si no le pedimos á Dios por medio de la oracion que nos fortifique contra el temor de la muerte, nos acobardamos y caemos debaxo.*

San Lucas dice (*Luc. 21.*), que vino un ángel del cielo á confortar al Señor. Jesucristo tenia en sí mismo toda su fortaleza y todo su consuelo para no temer á la muerte que veía tan próxima: no tenia necesidad del ministerio de un ángel; sin embargo, quiso admitir este consuelo, así como quiso abandonarse al temor y á la tris-

teza, para enseñarnos con su exemplo á vencer nuestras repugnancias, y á esperar de Dios el socorro en la necesidad. Quiere que un ángel venga á confortarle en aquella agonía ó lucha interior que sentia entre la resignacion y la repugnancia; así como habia querido que los ángeles viniesen á traerle de comer en el desierto despues de su ayuno y de su victoria sobre el tentador. Todo es leccion en la vida de Jesucristo, todo es instruccion, todo es misterio.

§. LII.

La agonía de Jesucristo en el huerto, en donde es entregado á los soldados por el traidor Judas.

La tristeza en que se hallaba Jesucristo en aquel estado por la viva representacion de su muerte afrentosa de cruz, de sus humillaciones, de sus tormentos, le reduxo casi á la agonía, y le causó un estremecimiento tan violento en su cuerpo, que salió de él un sudor, cuyas gotas estaban mezcladas y teñidas en sangre, que corria hasta la tierra; lo cual fue efecto del mas vivo dolor, y de la tristeza mas mortal que hubo jamás: con esto quiso hacernos ver que su divinidad, como ya se ha dicho, no suspendia ni embotaba el rigor ni el sentimiento á sus dolores y tormentos, sino que le dexaba sentir toda la agudeza, toda la amargura, todo el peso que es capaz de producir el dolor. Sin embargo, se puede decir que las aflicciones, las humillaciones y la muerte no eran la causa de su repugnancia, pues todo esto lo habia aceptado voluntariamente. El verdadero motivo de su dolor y de su excesiva tristeza parece era el que preveía que despues de haber hecho tantos gastos por la salvacion de todos los hombres, habria, no obstante, pocos que se salvaran, aunque esto únicamente por culpa de ellos.

Habiéndose levantado Jesus, se fué hácia sus apóstoles, á los que encontrando todavía acosados y oprimidos del sueño, les dixo: *Vosotros dormis, y mi hora ha llegado ya: el que me ha de entregar á mis enemigos, ya está cerca; levantáos, y venid conmigo. Lejos de retirarse Jesus, les salió al encuentro á los que iban á prenderle: eran éstos*

una tropa de hombres viles é infames, y la mayor parte criados de los fariseos y del sumo Sacerdote, teniendo por su capitan al traidor Júdas. Este apóstata, sabiendo lo mucho que amaban al Salvador sus discípulos, temía no saliesen á la defensa, y se le quitaran de sus manos, ó que aquellos perversos, no conociendo al Salvador, especialmente siendo de noche, se equivocasen y prendiesen á algún otro; y así les había dicho que tuviesen cuidado de prender al que él besaria, y que le llevasen con mucha precaucion. Luego que el traidor se adelantó hácia Jesus, y llegó junto al Salvador, le dixo: (*Luc. 22.*) Maestro, Dios te salve, y le besó. Jesus se contentó con decirle: *Amigo, ¿á que has venido? Júdas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre!*

La sola presencia de Jesucristo hizo tal impresion sobre aquella canalla, que quedáron todos inmóviles. Conociendo el Salvador su terror, les dixo con aquel ayre de magestad, y con aquel tono de Señor que hace temblar á todo el inferno: ¿A quien buscais? A Jesus Nazareno, respondieron ellos: Yo soy, les dixo Jesus; queriendo hacerles ver que él mismo se entrega voluntariamente á la muerte. Luego que Jesus les hubo dicho, yo soy, fuéron sobrecogidos de un terror tan grande, que retrocedieron y cayéron en tierra de cerebro; tanta verdad es, que baxo la figura de esclavo y la condicion de hombre no podía Jesus dexar de hacer ver, ó á lo menos sentir que era el Hijo de Dios.

Habiéndoles hecho levantar, les dixo, que pues él era á quien buscaban, executarán sus órdenes; que podían haber excusado venir con espadas y lanzas á prenderle como á un ladrón, cuando siempre se había presentado en público entre ellos sin armas y sin defensa. Pero añadió el Salvador: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; al presente todo les es permitido á las potestades del inferno: el demonio tiene licencia para exercer sobre mí todo su furor por el ministerio de los que se gobiernan por su espíritu y son sus esclavos. Viendo Pedro que iban á prender á su buen Maestro, se puso á defenderle, y dando contra el primero que encontró (era éste uno de los criados del sumo Sacerdote, llamado Malco) le cortó la oreja de una cuchillada. El

Salvador reprendió á Pedro, y tocando la oreja de Malco, le sanó. Habiendo permitido Jesus que pusieran las manos en él, le atáron como á un delincuente, y le llevaron á casa de Anás, que había sido sumo Sacerdote, y que todavía era mirado como el príncipe de los sacerdotes. El tal Pontífice al instante dió aviso de lo que pasaba á Cayfas su yerno que le había sucedido en el exercicio de su empleo, para que hiciese juntar el gran consejo, y no se perdiera un momento de tiempo para deshacerse de aquel hombre. Fue tan grande el gozo que tuvieron entonces los principales del pueblo y de la sinagoga, quanto habían temido no poderle prender jamás, y porque se habían rezelado siempre que se les había de escapar de las manos por medio de algun milagro, dexándolos siempre en la duda de que fuese ó no verdaderamente el Mesías. Su prision les aquietó, y les hizo esperar que conseguirían perderle, y con su muerte convencerse que no era el Hijo de Dios ni el Mesías.

§. LIII.
Jesucristo en casa de Anás y de Cayfas, en donde dice que es el Hijo de Dios.

Mientras se juntaba el consejo, Anás lleno de gozo por tener preso y en su presencia á Jesucristo, le hizo muchas preguntas sobre su doctrina y sus discípulos. Respondióle Jesus, que él nunca había dogmatizado en secreto, que su doctrina era conocida de todo el mundo, y que sobre esto podía él mismo informarse de los que le habían oido. A estas palabras, uno de los ministros que estaban al lado de Jesus tuvo la insolencia de darle una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? (*Joan. 18.*) Queriendo Jesus hacer ver que no había faltado al respeto debido al pontífice, le replicó: *Si he hablado mal, dime en qué; y si bien, ¿por que me hieres?* Si el Salvador hubiera callado, su silencio quizá se hubiera interpretado como confesion de una falta que de ningún modo había cometido; y su honor y el de su Padre pedían que su inocencia estuviera exenta de toda sospecha de culpa.